

truido del hecho, puesto que habia estado en aquel pais; y así es que refiere haber visto durante la estancia que allí hizo, á varios cristianos entregados á los suplicios. Tambien observa Gibbon que Eusebio se sirvió de intento de una palabra equívoca que puede significar que habia visto ó que habia oido, y que expresa ya la expectacion, ó ya la ejecucion del suplicio; pero Eusebio repite dos veces la misma cosa, y la segunda con palabras tan terminantes que Mr. de Valois las traduce así: „Hemos visto con „nuestros propios ojos,” *oculis nostris conspeximus*. Si Eusebio, como quiere Gibbon, es algunas veces oscuro, ¿con qué razon le supone tal en el caso presente?

El mismo Eusebio refiere que una ciudad de Frigia (1) fué entregada á las llamas con todos sus habitantes, su gobernador y magistrados, porque rehusaron sacrificar á los falsos dioses. Gibbon, animado siempre de su espíritu filosófico, observa que Lactancio solo habla de la ruina del conventículo que fué quemado con todos sus asistentes; siendo así que Lactancio dice expresamente que quemaron todo el pueblo con el conventículo: *universum populum cum ipso*

(1) *Hist. Eccles.* lib. VIII, cap. II.

pariter conventiculo concremavit (1). Fiaos pues, señores, de los filósofos en lo que pertenece á la religion. Oigamos particularmente al historiador Sulpicio Severo, que escribió poco tiempo despues de la persecucion de Diocleciano. „Diez „años de devastacion han assolado la Iglesia de „Dios: jamas guerra alguna ha hecho mayor „estrageo en el género humano, y nunca la Iglesia habia conseguido un triunfo tan glorioso, „pues que diez años de carnicería no han podido vencerla.” *Per decem continuos annos plebem Dei depopulata est.... Nullis unquam magis bellis mundus exhaustus est, neque majore unquam triumpho vicinus, quam cum decem annorum stragibus vinci non potuimus* (2). Así pues sin querer fijar con una exactitud matemática el número de las mártires, diremos con Fleuri (3): „Los cristianos han dado testimonio „de la verdad hasta con la muerte y con los „mas crueles tormentos; y esto no ha sido un „pequeño número de filósofos, sino una multitud innumerable de todas edades, sexos y condiciones.”

(1) *Divin. Inst.* lib. V, cap. II.

(2) Sulp. Sever. *Sacr. Hist.* lib. II.

(3) II. *Discours sur l'Histoire Eccles.* n. 2.

¿Pero por qué padecian? ¿era por ser cristianos, ó era por haber sido convencidos de algun crimen capital?

La filosofía ha procurado con todo esfuerzo calumniar á los cristianos, representándolos como sediciosos ó como hombres arrebatados por un falso celo contra el paganismo; pero toda la odiosidad de semejante acusacion recae sobre los que se atreven á intentarla. Invocaré en favor de la inocencia de los mártires la carta de Plinio á Trajano, la contestacion de este príncipe, y el edicto de Maximiano: todos estos documentos prueban que los cristianos únicamente eran perseguidos á causa de su religion, como enemigos de los dioses y del culto de los paganos. Apelaré tambien á nuestros antiguos apologistas, que todos suponen como un hecho averiguado, que los cristianos no fueron convencidos de ningun crimen, y que todo su delito era el de su religion; y en esto se fundan para dar á conocer toda la iniquidad de las leyes y de los magistrados respecto á ellos. Apelaré tambien á los restos que nos han quedado de las actas auténticas de nuestros mártires. Léanse los interrogatorios: ¿de qué se trata en ellos? ¿qué pregunta el juez? ¿qué responde el acusado? ¿en qué se funda la sentencia? ¿se los

condena acaso por haber cometido crímenes? No señores, jamas: si la voz de la calumnia hace resonar alguna vez la acusacion vaga de infanticidio ó de incesto, ¿se da alguna prueba de ello? No, no es esto en lo que se funda la sentencia de muerte; no adorar á los dioses, y ser cristianos, este es todo su delito. Así es que bastaba renegar de su religion para ser absuelto, y todas las persecuciones producian apóstatas, porque una simple negacion de la fe cristiana, ó un poco de incienso quemado ante los dioses de los gentiles, los salvaba de la muerte. ¡Y qué! si los acusados hubieran sido convencidos de crímenes abominables, ¿les hubiera bastado no ser cristianos para evitar el suplicio que hubiesen merecido? Bien sé que algunas veces arrebató el celo á algunos cristianos; pero semejantes ejemplos son muy raros, pues no era este el espíritu de la religion. Es un verdadero absurdo suponer que la causa de las persecuciones era únicamente el desprecio de los cristianos á las autoridades, y su espíritu de rebelion contra los magistrados. Lactancio nos dice que un particular arrancó é hizo pedazos un edicto de persecucion mandado fijar por Diocleciano en Nicomedia; pero el mismo Lactancio, si bien ve en esto un rasgo de valor, aña-

de tambien que fué un celo intempestivo, *non rectè* (1). Se cita á Polieucto rompiendo los ídolos de los falsos dioses; pero todo el ingenio de Corneille no pudo hacer cierto lo que es dudoso: por lo tanto, si es constante que el generoso Polieucto derramó su sangre por la fe, no lo es que hubiese derribado los altares de los paganos; esta es una particularidad dudosa entre lo sabios, y Gibbon conviene en que no es muy auténtica. Se cita á un centurion llamado Marcelo, que arrojando al suelo sus insignias militares y sus armas, dice que es cristiano, y que no quiere servir mas que al Rey eterno. Voltaire tiene por sediciosa esta conducta, y Gibbon no habla de ella de un modo mas favorable; pero ambos han tenido la impudencia de alterar los hechos. En las actas del martirio de Marcelo, cuya autenticidad nadie ha negado, se leen estas palabras proferidas por él mismo: „Si la condicion de las armas es tal que obligue „á sacrificar á los dioses y á los emperadores, „arrojo mi baston y mi cingulo, abandono mis „banderas y renuncio á las armas.” Aqui no se ve mas que un cristiano que no quiere ser apóstata, y que se presenta fiel á esta máxima:

(1) *De Mort. Persec.* cap. 18.

Mas vale obedecer á Dios que á los hombres: pero en esto como en todo lo demas, Voltaire y Gibbon son fieles al espíritu de mentira y de calumnia que los anima contra el cristianismo.

Fleuri en sus *Costumbres de los cristianos* dice las siguientes palabras (1). „Las reglas „de la Iglesia prohibian el exponerse por sí mis- „mos al martirio, ó hacer cosa alguna que pu- „diese irritar á los paganos y atraer la perse- „cucion; como romper sus ídolos, incendiar los „templos, injuriar á sus dioses ó atacar en pú- „blico sus supersticiones:” tales eran las máximas generalmente seguidas.

De la historia de los mártires y de sus combates por la fe, que estoy muy léjos de haber exagerado, sacarémos dos consecuencias muy gloriosas para la religion: primera, que es imposible atribuir su muerte y su valor á ninguna de aquellas pasiones feroces y bajas que animan con demasiada frecuencia á los hombres: segunda, que no se puede formar paralelo alguno entre los mártires de la religion cristiana y los de las otras religiones.

En efecto, ¿cómo ver en los mártires unos hombres arrastrados por las pasiones humanas?

(1) N. 19.

¿Los acusaréis de una estúpida locura? Pero aquella virtud tan sublime, aquella caridad tierna y compasiva, aquel valor tan heroico que caracterizaban á los primeros cristianos, ¿no han de ser á vuestros ojos mas que rasgos de estupidez? ¿Y no han de ser mas que hombres estúpidos todos aquellos pontífices de la Iglesia primitiva, aquellos filósofos paganos convertidos al cristianismo, aquellos doctores cuyos escritos conservamos, los oficiales de la corte de los Césares, los magistrados, los guerreros y últimamente todos los personajes ilustres de que se componia en parte la Iglesia de los primeros tiempos? Se habla del fanatismo: palabra cómoda porque es vaga, y que los filósofos deberían definir exactamente. ¿Pero se nota acaso en nuestros mártires un celo oscuro y feroz? No; todo al contrario: ¿Qué paz, qué serenidad, y muchas veces qué alegría brillaba en sus rostros! Yo he tenido siempre el fanatismo por un furor pasajero, local y limitado á ciertos tiempos y ciertos lugares; ¿cómo pues seria posible que por solo fanatismo se renovase incessantemente la misma constancia por espacio de tres siglos entre tantos pueblos diferentes? El fanatismo degenera frecuentemente en violencia, en rebelion, y en injurias contra la autori-

dad; y se vió esto alguna vez entre los primeros cristianos? No: por grande que fuese su número é invencible su valor, no respiraban mas que paz en medio del furor de los tiranos y de sus implacables enemigos; y en los cadalsos y bogueras no hacian mas que dirigir al cielo súplicas por sus verdugos: ved aquí un singular fanatismo. ¿Serian impelidos por el amor de la gloria? Yo no dudo que la pasion por la celebridad exalte á algunas almas; ¿pero no será una quimera suponer que una inmensa multitud de hombres de todas edades y condiciones mueran en los mas crueles suplicios animados por la esperanza de vivir en la memoria de la posteridad? ¿Es esto acaso lo que ambiciona el comun de los hombres? No; en nada se descubre en nuestros mártires, ni la bajeza ni la vanidad de las pasiones humanas.

He dicho tambien que no se podia formar paralelo alguno entre nuestros mártires y los de las otras religiones. Desde luego podria haceros observar con todos nuestros apologistas, que un considerable número de nuestros mártires no han muerto como los de otras religiones por opiniones especulativas de que estuviesen imbuidos, y que su entendimiento les presentase como verdaderas, sino por hechos asom-

brosos y públicos, como fueron los prodigios de Jesucristo y de los apóstoles, prodigios que ó habian visto con sus ojos, ó sabido por testigos oculares que sellaron su testimonio con su sangre. La palabra *mártir*, segun su etimología, quiere decir *testigo*. „¿Y qué testificaron S. „Esteban, los dos Santiagos, S. Pedro, S. Pablo, S. Simeon y otros, cuando murieron por „Jesucristo? Todos testificaron que le habian „visto hacer milagros; que le habian visto muerto y resucitado; que les habia mandado predicar aquella doctrina: ¿y es digno ó no de fe „su testimonio sobre hechos tan palpables? ¿forma prueba, ó no la forma? He aquí toda la „cuestion (1).” ¿Eran acaso tan frenéticos que inventasen hechos y muriesen atestiguándolos cuando sabian que eran falsos? No hay ejemplo alguno de este género de furor. Si es posible sacrificar la vida por opiniones falsas, creyéndolas verdaderas, es inaudito que nadie haya muerto jamas por sostener hechos cuya falsedad conocia. ¿De qué dieron testimonio los discípulos de los apóstoles, tales como S. Ignacio, y S. Policarpo, cuando murieron en los

(1) Bergier, *Traité de la vraie Relig.* III part. cap. 7 art. § 3, tom. IX, in 12.

suplicios? Todos testificaron que los apóstoles les habian referido los milagros de Jesucristo y su gloriosa resurreccion, y que habian sellado con su sangre todas estas verdades. Los mártires posteriores transmitieron el propio testimonio, de modo que las diversas generaciones de mártires no han hecho mas que perpetuar la cadena de testimonios irrecusables en favor de hechos que eran el fundamento de su religion. ¿Y se encuentra cosa igual en alguna otra parte?

Pero voy á considerar á los mártires bajo de otro punto de vista. El verdadero carácter del martirio es morir por su religion ántes que abandonarla, aun cuando por solo renunciar á ella se pueda evitar la muerte: así es que al que se propone la apostasia ó la muerte, se le deja la eleccion entre una y otra; si prefiere libremente la muerte, es mártir, y esta era la condicion del inmenso número de los mártires cristianos. Y en efecto, ¿qué se exigia de ellos? Solamente que dijese que no eran cristianos, y que diesen una señal de respeto á los dioses del imperio: podian elegir entre la abjuracion exterior de su religion y los mas horribles suplicios; esto es lo que hemos demostrado, y si aun es necesaria una nueva prueba, la hallaremos

en Orígenes (1). „Los cristianos son los únicos acusados que los magistrados dejarían tranquilos si quisiesen abjurar su religión, ofrecer sacrificios, y hacer los juramentos acostumbrados.” Así, pues, puedo presentar aquí á los mártires del cristianismo como víctimas voluntarias y magnánimas de su religión: déjese ya por consiguiente de compararlos con los paganos, con los judíos, los Musulmanes y otros sectarios muertos con las armas en la mano por su religión, ó pereciendo en una matanza general, ó en los suplicios decretados por las leyes, cuyo rigor no habían podido evitar. Sería preciso citarme idólatras que hubiesen preferido la muerte á confesar la unidad de Dios, judíos que hubiesen rehusado rescatar sus días por un acto exterior del cristianismo, musulmanes anteponiendo la muerte á la abjuración aparente de Mahoma, ó sectarios que se lanzasen á las hogueras ántes que abandonar su doctrina. Quiero en una palabra mártires como los nuestros, que por reflexion y por elección voluntaria prefieran los suplicios mas horrorosos al abandono de su creencia. Con solo esta observación desaparecen la mayor parte de los

(1) *Contra Cels.* lib. II. n. 13.

supuestos mártires de las otras religiones.

Solo restará entónces un corto número de hombres que arrostrando la muerte, la hayan sufrido con valor por doctrinas falsas. Convengo, señores, en que algunos motivos naturales, como el espíritu de partido, la vanidad, el amor de la gloria, la vergüenza de una retractación ó un momento de entusiasmo, puedan arrastrar á la muerte á un pequeño número de hombres, y en ocasiones muy raras; pero que durante tres siglos una prodigiosa multitud de personas de todos estados, edades y caracteres, sufran, no en el acceso de un entusiasmo furioso, sino con toda la calma de la reflexion, y con una inalterable paciencia, no una muerte pronta y dulce, sino acompañada de los mas horrendos dolores, en medio de los tormentos mas lentos é ingeniosos: que la sufran no solo con denuedo, sino con serenidad y alegría, y de un modo tan maravilloso y tan persuasivo, que conmueve á los paganos y á los verdugos, y los atrae á la religión con una eficacia mayor de la que podia tener el temor de los suplicios para hacerla abandonar; esto es lo que no vemos sino en la Iglesia de Jesucristo; esto lo que parece exceder las fuerzas del hombre, y lo que supone un auxilio divino. Se admira á Sócrates

bebiendo la cicuta por no desobedecer leyes que le condenan injustamente; á Régulo volviendo á Cartago donde le aguardaba una muerte cruel, y á Epicteto, imperturbable á los golpes de un señor bárbaro; y si un valor semejante se viese en un gran número de personas, creceria aun la admiracion; pero cuando durante tres siglos vemos animadas de un heroismo aun mas asombroso á las personas de quienes ménos debería esperarse por la debilidad de la edad, por la timidez del sexo y las costumbres de su clase; á mugeres, á ancianos, á niños y á personas de todas las clases de la sociedad; semejante maravilla parece entónces increíble y sale de las leyes ordinarias de la naturaleza; y si es preciso creerla, es forsoso reconocer en ella un milagro en el órden moral (1). Yo me digo á mí mismo: Si el Dios del cielo y de la tierra, que es la santidad, la sabiduría y la verdad por esencia, tiene en alguna parte adoradores cuyos homenajes le sean gratos, ¿por qué señales podré distinguirlos? Yo desearia que fuesen los mas virtuosos de todos los mortales, esposos fieles, hijos tiernos y respetuosos, desinteresados, llenos de amor á sus semejantes,

(1) Fleuri, II Disc. sur l'hist. Eccles. n. 1 y 2.

amigos generosos, y de una probidad incorruptible, pues así quiere ser honrado el Dios de toda santidad. Yo desearia que estos adoradores fuesen amigos del órden público, sumisos á las leyes, llenos de respeto á los magistrados, de amor á su patria, de valor en los combates, de integridad en los tribunales, y de celo en los empleos públicos; mostrándose así dignos servidores del Dios del órden y de la sabiduría. Yo desearia en fin, que estos adoradores, dispuestos siempre á sacrificarlo todo, el honor, la fortuna y la reputacion, ántes que su deber, no tuviesen mas regla que la verdad, y que mirasen como un triunfo el ser víctimas de ella. Yo no hallo nada comparable con semejantes hombres. He aquí, pues, el retrato de los mártires cristianos; y si estas señales no dan á conocer los adoradores del Dios verdadero, ignoro donde existan en la tierra.

No olvidemos que descendemos de estos héroes cristianos, y que podemos exclamar con mas razon que aquel patriarca de la antigua ley: Somos hijos de los santos: nos han precedido en la carrera, y nos esperan en la morada de su gloria: peleemos como ellos para triunfar como ellos, y consolemos á la Iglesia, nuestra madre comun, con nuestra adhesion á su doctrina

y á sus leyes. La incredulidad moderna pasará con sus sofismas y su falsa tolerancia: es un azote que dejará tras sí por mucho tiempo vestigios de sus estragos; pero esperemos que de este nuevo género de persecucion no quedará mas que lo que resta de las antiguas: recuerdos gloriosos para la iglesia que las ha sufrido. ¿Qué se han hecho aquellos romanos que la perseguian? Aquel pueblo que se vanagloriaba de ser el pueblo soberano, ha sido entregado á las naciones bárbaras: aquel imperio que se lisonjeaba de ser eterno, cayó: Roma está sepultada con sus falsos dioses entre sus ruinas, y no queda de ella otra memoria que esa otra Roma nacida de sus cenizas, y que pura y santa se ha hecho para siempre el centro del reino de Jesucristo.

JESUCRISTO

CONSIDERADO

COMO BIENHECHOR.

DEL GENERO HUMANO.

Ego sum veritas et vita.

Yo soy la verdad y la vida.

Evang. San Juan, cap. XIV, v. 6.

QUE lenguaje! señores: ¿quién es el que ha podido pronunciarle en el mundo sin nota de soberbia? Quién el que ha tenido derecho de dar de sí mismo el magnífico testimonio de ser la verdad y la vida, y de levantar la voz en medio de las naciones para decirles: Antes de mi venida se han visto sabios que han brillado por su doctrina, por la viveza de su ingenio, y que han enseñado á los hombres verdades útiles; pero su entendimiento no estaba exento de todo error, y demasiadas veces han abusado de sus